

# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . º É P O C A

Año 1953 - - - Número 57



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA  
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ALPHA ALPHA



012

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. 510



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL  
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.



# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA  
HISTÓRICA, LITERARIA  
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.<sup>a</sup> Época  
Año 1953



Tomo XVIII  
Número 57

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA  
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL  
SEVILLA

# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1953

ENERO - FEBRERO

Núm. 57

## CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—D. Angel Camacho Baños.—D. Eloy Domínguez Rodiño.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe.—Director, Don Luis Toro Buiza.—Secretario, D. José Andrés Vázquez.

## SUMARIO

### ARTICULOS ORIGINALES

Págs.

- Manuel Luengo Muñoz.—*San Hermenegildo y Sevilla ante la concepción política de Leovigildo*..... 9
- Francisco López Estrada.—*Sobre la imprenta en Sevilla en el siglo XVI*..... 37
- José Andrés Vázquez.—*José Nogales, africanista. Para la historia de la Prensa en Marruecos*..... 49

### MISCELANEA

- José M.<sup>a</sup> de la Peña y Cámara.—*Don Cristóbal Bermúdez Plata (1882-1952)*..... 59
- A. H.—*El Duque de T'Serclaes, bibliógrafo ejemplar*..... 67
- \*\*\* *Concursos de la Excma. Diputación Provincial de Sevilla. Patronato de Cultura*..... 71

- LIBROS: Varios..... 79

- CRÍTICA DE ARTE: José Guerrero Lovillo —*Primera Exposición de Otoño y otras exposiciones*..... 93

- CRÓNICA: El Cronista Oficial de la Provincia.—*Septiembre-octubre, 1946* 99

ARTICULOS ORIGINALES







# SAN HERMENEGILDO Y SEVILLA ANTE LA CONCEPCIÓN POLÍTICA DE LEOVIGILDO

AL LECTOR:

**E**L esclarecimiento de los rincones aún oscuros del vivir humano, por el valor permanente y siempre actual del devenir pretérito, es lo que supervaloriza la investigación en las disciplinas históricas. La discutida figura de San Hermenegildo, en su relación con la no menos discutida, mas asendereada, de su padre, Leovigildo, es uno de esos atractivos rincones oscuros de la Historia de España. El escenario principal fué Sevilla, esta Sevilla milenaria y prócer cuyo destino parece ser alumbrar con su luz incomparable los hechos cruciales del vivir hispano. Y como esa luz parece incompatible con los cendales que velan aquel oscuro rincón, es mi propósito, en este modesto ensayo, contribuir a su esclarecimiento.

Consciente de lo ambicioso que puede parecer el intento, acometo la empresa con más voluntad que fuerzas, y hago constar, desde un principio, que los resultados no son definitivos ni exhaustivos. Formulo una hipótesis basada en hechos contingentes, mudable por lo tanto, después de haber estudiado el reinado de Leovigildo en cuantas obras estuvieron a mi alcance.

Al estudiarlas, traté de transportarme, en alas de la imaginación, a los remotos tiempos testigos de los hechos, para mejor vislumbrar la verdad objetiva del panorama de la sociedad que entonces —siglo VI de la Era de Nuestro Señor— escribía en la frente de Cronos su mensaje a Clío. Traté de discernir la causalidad motivante y finalista de los acontecimientos, que tuvieron por escenario el ibérico solar, pero que se fraguaron en Sevilla al chocar la idea política leovigildiana con las instituciones que constituían el acervo cultural sevillano.

No se crea, pues, que con este trabajo pretendo demostrar conocimien-

tos que trasciendan del logrado a través de aquellas obras. En éstas, fruto de largas vigiliias de sus autores, encontré maduras cuantas ideas he de barajar. Mi esfuerzo ha ido dirigido a la construcción de una síntesis de tales ideas, tomando partido por las que juzgué más lógicas, más en armonía con la realidad objetiva del momento histórico contemplado, de aquellos lustros durante los cuales dos pueblos, superpuestos sobre el solar patrio, se debatían en la ardua empresa de siluetear, con perfiles característicos, la fisonomía de una nacionalidad en embrión.

En la actualidad, revalorizados los estudios históricos, independizados de los bastardos fines a cuyo servicio se pusieron con demasiada frecuencia en otros tiempos, ya no se conciben como una ordenada narración de acontecimientos, sino como medio para penetrar en la substancia y en la causalidad de los hechos. Para ello resulta indispensable contemplar, como un todo, cuantas instituciones humanas integran el ente o unidad de cultura vivificador del acaecer social. Aunque el objeto concreto de una investigación histórica se reduzca a uno solo de los aspectos de la vida humana, no se pueden despreciar los demás, pues todos se influyen mutuamente, y en cualquiera de ellos se puede encontrar la remota o inmediata causa que aclare y justifique, valorándolo, el hecho concreto investigado.

Consecuente con ello, he pretendido, en primer lugar, penetrar la substancia del ente de cultura que enmarcó el objeto estudiado, e investigar, después, sobre éste, sin arrancarlo de aquél, pues le dió vida. Proceder de otro modo es bueno, sí, para lograr arbitrarias y tendenciosas interpretaciones, pero operar sobre acontecimientos muertos e incausados no puede conducir a resultados de rango científico.

He tenido en cuenta, además, que los acontecimientos estudiados tuvieron lugar en una época relativamente remota, y más confusa que remota. Época en la que aun no estaba definida una conciencia nacional que actuase como fondo del panorama político, o como piedra angular que sostuviese cualquier construcción política, teórica o real. Esa conciencia nacional estaba en período de gestación y aun no había vislumbrado cual fuese la unidad de su destino en lo universal.

Además, lo político, en abstracto, era confuso, no aparecía delimitado, y hay que discernirlo dentro o en relación con otras instituciones: religiosas, militares, jurídicas... Las concepciones de los diversos grupos sociales, las concepciones individualizadas de seres con destacada personalidad, incluso, dejaron su impronta, contribuyeron —en mayor o menor grado— al nacimiento y configuración de aquella conciencia nacional. No pueden, por tanto, desconocerse.

Otra advertencia se impone: la relatividad de la terminología empleada. Aunque he pretendido no incurrir en el usual y grave error de juzgar y calificar instituciones pretéritas mediante conceptos que sólo tienen sentido en el presente, no he podido evitar el empleo de palabras



que expresan ideas y conceptos informados por un sentido actual de la vida, sin correspondencia exacta con el sentido de la vida en los tiempos en que vamos a movernos. Las palabras, expresión del pensamiento en un momento dado, también cambian con el tiempo o, cuando menos, mudan la substancia de su significado paralelamente a la mutabilidad de las instituciones y de los principios rectores en que se informan.

No es ello todo. Al perseguir la verdad, como toda verdad es objetiva, el método —de "odos", camino— para alcanzarla, el "ars inveniendi veritatis" de Raimundo Lulio, ha de basarse en el objeto y ha de considerar a éste libre de las deformaciones que hubiesen podido producirle los factores subjetivos. Por eso, las ajenas opiniones, dada su escasa relevancia valorativa, sólo episódicamente las he tenido en cuenta. Mi principal propósito fué investigar las ideas. Dentro de ellas, presté mayor atención y atribuí mayor crédito a las más objetivas, pero sin despreciar ninguna, por cuanto que existen, nadie lo ignora, ideas que preceden a los hechos y permiten valorarlos desde puntos de vista más interesantes que los proporcionados por las ideas que aparecen tras los acontecimientos.

Para terminar, recordemos que toda criatura racional adopta una actitud ante la vida, y que al colectivizarse esas actitudes, acompañadas de la conciencia de su procedencia y fines, surge la determinación de una forma de vida regida por la correspondiente institución. A éstas, y en especial a las instituciones políticas que, como todas, presentan su etiología y morfología propia y característica, las he valorado en atención a la conciencia de que su forma configura al "ser", en su tránsito de potencia a acto. Las he analizado en el doble aspecto de la medida de la influencia de la forma sobre la materia, y de la medida de la influencia de la materia sobre la forma, cortando concepciones excesivamente totalitarias y generalizadoras, para no caer en errores insubsanables.

Ya conoce el lector los principios que han informado mi trabajo y las directrices generales del método que hube de adoptar para llevarlo a cabo. Ahora, una vez terminado, se lo presento "con la misma razonable vergüenza con que el más desarrapado de los chiquillos presenta en el pupitre del maestro la plana de torcidos palotes...", usando la frase con que la fácil pluma de Muñoz y Pabón dedicaba uno de sus libros al insigne Pereda.

The first part of the paper is devoted to a discussion of the general principles of the theory of the structure of the atom. It is shown that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics, and that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics.

The second part of the paper is devoted to a discussion of the general principles of the theory of the structure of the atom. It is shown that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics, and that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics.

The third part of the paper is devoted to a discussion of the general principles of the theory of the structure of the atom. It is shown that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics, and that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics.

The fourth part of the paper is devoted to a discussion of the general principles of the theory of the structure of the atom. It is shown that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics, and that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics.

The fifth part of the paper is devoted to a discussion of the general principles of the theory of the structure of the atom. It is shown that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics, and that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics.

The sixth part of the paper is devoted to a discussion of the general principles of the theory of the structure of the atom. It is shown that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics, and that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics.

The seventh part of the paper is devoted to a discussion of the general principles of the theory of the structure of the atom. It is shown that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics, and that the structure of the atom is determined by the laws of quantum mechanics.

## CAPITULO I

### CONSIDERACION ESPECIAL DE LAS FUENTES DE CONOCIMIENTO

Es mucho lo escrito en torno a la «dinastía de Atanagildo»; pero, comparando los textos entre sí, apréciase inmediatamente que todos ellos se apoyan en un mismo y reducido grupo de fuentes originarias.

A ellas no ha venido a unirse ninguna otra de reciente descubrimiento; no caben investigaciones revolucionarias, sino, tan sólo, investigaciones que ponderen su empleo, acertado o incorrecto. Parcas en su contenido, presentan algunas notables discrepancias; ello abrió amplio campo a la interpretación y permitió que la fantasía reconstructiva llenase las lagunas con relatos novelescos sin otra base que la imaginación creadora del autor.

De ahí provienen las diferentes concepciones y los diversos juicios emitidos sobre tan nebulosa época. Sucesivamente, los autores se apoyaron en unos u otros predecesores, según su propia tendencia, pues dos son las direcciones adoptadas, sobre todo al contemplar el reinado de Leovigildo para estudiar la destacada personalidad de su hijo Hermenegildo.

Al hacerlo, han incurrido con harta frecuencia en el error de examinar ambas figuras bajo los efectos de una luz proyectada desde un solo foco. Se buscaba un efecto de luces y sombras, sin matices; así, cuando una se destaca, la otra queda totalmente oscurecida, del mismo modo que ocurre en un escenario cuando se apagan las luces de la batería y se lanza todo el foco sobre el artista cuya labor se quiere destacar. Los que emplean el foco «militar», realzan la figura de Leovigildo de tal modo que la de Hermenegildo apenas se advierte. Quienes, por el contrario, les alumbran con el foco «religioso», quedan tan deslumbrados ante San Hermenegildo, que su padre sólo les merece desprecio.

¿Hermenegildo fué mártir y santo?; luego, todo lo que hizo desde que nació deberá ser plausible, dirán éstos. ¿Leovigildo se mostró como un caudillo militar excepcional?; luego, hay que defenderle en todos sus actos, sin apreciar en él ningún desacierto, dirán aquéllos. No deben formarse así los criterios. Hay que salvar ese error apagando los focos únicos y encendiendo las luces de la batería —y aun las del anfiteatro, pues tampoco los espectadores deben quedar en la sombra— para ver a los personajes sin claroscuros.



No parece sino que la guerra civil desencadenada, aquella luctuosa escisión de la población ibérica, aquel enrolarse bajo una u otra bandera, no hubiese tenido un término real y se hubiese prolongado indefinidamente a través del tiempo, esgrimiendo los contendientes las armas literarias y científicas en lugar de las bélicas por sus antepasados manejadas. Yo, por mi parte, he procurado mantenerme neutral.

Las fuentes de todo conocimiento posible acerca de lo sucedido durante el reinado de Leovigildo, podrían ser, conforme a la clasificación usual: Historias y Crónicas, Vidas de Santos, Epistolarios, Códigos, Diplomas y Fórmulas, Actas conciliares y documentos relacionados con ellas, Inscripciones y Monedas. Veamos lo que hay de utilizable en cada grupo.

En cuanto a las Historias y Crónicas de este período, no dedican especial atención a las instituciones y costumbres, pero ofrecen noticias suficientes para, combinándolas con las de otras fuentes, formarse idea del cuadro general que presentaba la sociedad. Su valor varía según se refieran a tiempos anteriores o coetáneos de los autores. En el primer caso consignan, a veces, tradiciones orales, pero es más frecuente que copien o extracten las noticias halladas en otras fuentes, en cuyo supuesto sólo tienen importancia si dichas fuentes se perdieron.

El primer cronista de la España visigoda es, según su contemporáneo San Isidoro, San Juan Abad de Biclara (de Viclara o de Valclara, en algunos autores). Godo, nacido en Scallabis, cerca de Santarem, y educado en Constantinopla, donde aprendió latín y griego, declara en su «Crónica» el propósito de continuar las de San Jerónimo y otros predecesores. Narra los sucesos de su tiempo desde el año 567 al 590, y debe tenerse en cuenta que Leovigildo le había desterrado de Lusitania por negarse a abrazar el arrianismo, y que fué Obispo de Gercna desde el 591.

San Isidoro de Sevilla, el más ilustre representante de la cultura hispano-visigótica, escribió, para nuestro objeto: «Chronicon», basado en fuentes conocidas y comprensivo de los hechos históricos acaecidos desde el origen del mundo hasta el año 627; y la importantísima «Historia de los Godos», que comprende la vida de este pueblo desde el año 256 al 621. En este último utiliza una fuente perdida: «El Cronicon», de Máximo, Obispo de Zaragoza.

En el Tomo II de la «España Sagrada» del P. Flórez figura un breve Cronicon anónimo, comúnmente llamado de «Vulsa», escrito a fines del siglo VII, con noticias útiles para nuestro estudio. Muy relacionadas con ellas son las que aparecen en los manuscritos del Código visigodo redactado por Ervigio.

A partir del siglo IX, algunos cronistas aportan datos nuevos, obtenidos, no por el hallazgo de documentos desconocidos ni por la compulsión de fuentes más tarde perdidas, sino por la arbitraria interpretación de las fuentes que acabamos de mencionar. Por último, tanto el

«Cronicón» del Monje de Silos, escrito a principios del siglo XII, como el «Chronicón mundi» de don Lucas, Obispo de Tuy, y la obra «De rebus Hispaniae» de don Rodrigo, Arzobispo de Toledo, se limitan a fundir diversos textos anteriores con los de San Isidoro, interpretándolos libremente.

También constituyen fuente histórica del reinado de Leovigildo, las obras de algunos autores transpireánicos. San Gregorio, Obispo de Tours, historiador merovingio que vivió hasta el año 594, es el autor de «Diez libros de Historia», obra de gran interés por la situación eminente que su autor gozó en la corte de los reyes merovingios, lo cual le permitió conocer con bastante exactitud, hasta en los más nimios detalles, los sucesos desarrollados en la corte visigótica. De menor importancia son: el «Cronicón» de Mario, Obispo de Avenches; la Compilación llamada «Cronicón de Fredegario»; y una Crónica atribuida—equivocadamente— a Severo Sulpicio por el P. Flórez en su «España Sagrada».

Otra categoría de fuentes está constituida por las «Vidas de Santos», único género de biografías cultivado por los visigodos, con fines edificantes y de ejemplaridad. Así, Paulo, diácono hispano-romano de Mérida, escribió a principios del siglo VI una serie de biografías de prelados de la iglesia emeritense. La del Obispo San Masona, contiene noticias muy interesantes respecto a la política, instituciones y costumbres de la época de Leovigildo, y ayuda a completar los datos que se encuentran en San Juan de Biclara y en San Isidoro.

Las fuentes epistolares son escasas y de poco interés: algunas cartas de San Isidoro a Lendefredo y a Claudio; otras de San Leandro; y el epistolario de San Braulio.

De los demás grupos de fuentes, desconocida la Revisión leovigildiana del Código de Eurico, sin Diplomas y Fórmulas que pudieran servir a nuestro estudio, carentes de importancia las Actas Conciliares anteriores a la conversión de Recaredo, tan sólo son de gran valor la inscripción de Sevilla, del año 583, con el recuerdo del asedio de la ciudad por Leovigildo cuando marchó sobre ella para sofocar la rebelión de su hijo, y algunas monedas de la época.

En resumen, las únicas fuentes verdaderamente valiosas y dignas de crédito, son, por el orden en que las damos—habida cuenta de la coetaneidad del autor con respecto a los hechos narrados, y de su proximidad o alejamiento al escenario de los sucesos, las siguientes: la Crónica del Biclarense, estrictamente contemporáneo y nacional; las obras de San Isidoro, casi contemporáneo y nacional; y la obra de San Gregorio de Tours (el Turonense), contemporáneo, pero extranjero.

## CAPITULO II

BREVE NOTICIA HISTORICA, ANTECEDENTE OBLIGADO PARA  
SITUARNOS EN EL MOMENTO CONCRETO A QUE NOS  
REFERIREMOS

Los germanos pertenecían a la gran familia indoeuropea o aria, como los griegos y los latinos. Penetraron en Europa por la Garganta del Darial, en el Cáucaso, y se establecieron en la región del Báltico. El primero que los distinguió de los celtas fué Posidonio; César los dió a conocer por primera vez a los lectores romanos; y fué Tácito, en su «Germania», quien nos ha legado una minuciosa descripción de sus costumbres, mostrándonoslos ya con un relativo sedentarismo en relación al errático vivir con que los conoció César. Llamados bárbaros por los romanos, con el significado de extranjeros, de gentes no sometidas al Imperio, eran leales, castos y hospitalarios, belicosos, de rudas y sencillas costumbres, adoradores de las fuerzas naturales divinizadas y con dioses míticos como Wodau-Odinn. Era, éste, jefe del ejército de los muertos y dios del viento; no recibía en su Valhol—paraíso de los guerreros—sino a los caídos en combate, y allí eran acogidos por las Walkyrias, vírgenes eternamente jóvenes que les proporcionaban el deleite de la caza y les daban a beber hidromiel en los cráneos enemigos...

Siglos después los vemos establecidos en las provincias occidentales del Imperio Romano. Necesitados, para mantenerse ellos mismos, de numerosas instituciones de la administración romana, las conservaron, sin que hubiese una tajante solución de continuidad en la cultura. Se dió, eso sí, una decadencia; pero ésta ya venía preparada desde las últimas décadas del período imperial, cuando Roma se germanizaba y los germanos se romanizaban.

Los tervingios o visigodos—cuyo nombre es una redundancia puesto que tanto «wisi» como «ghoto» significa «bueno»—son, de todos los grupos germánicos, los que nos interesan en este momento, por haber sido los que, en el vaivén de pueblos bárbaros, vinieron a establecerse en la península de un modo definitivo, para acabar fundidos con la población anterior y constituir un nuevo elemento de nuestra raza. No habían tardado en cristianizarse, siquiera fuese heréticamente. Prisioneros del Asia Menor fueron, sin duda, los que primero les hablaron del Cristianismo, y uno de ellos, Wulfila, el que arrianizó a gran parte del pueblo visigodo.

Las iglesias arrianas—condenadas en el Concilio de Nicea, presidido por el español Osio—, celebraban el sacrificio de la misa en lengua popular y sostenían la diferente personalidad y jerarquía del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.



Así arrianizados nos los encontramos en España bajo Eurico, a quien debe considerarse el verdadero fundador de la monarquía visigoda por haber roto la ya débil dependencia que hasta entonces les había ligado a la agonizante Roma. Eurico, ferviente arriano, mantuvo una política desfavorable para el clero católico, que, perseguido, fué desde entonces enemigo encubierto de la institución monárquica visigoda.

Entretanto, de los otros grupos de pueblos bárbaros que el lento avance de los hunos había puesto en los Pirineos, sólo el suevo, acudido por Hermerico, se estableció permanentemente en la Gallaecia. Los demás penetraron en la península, sin más ánimo que la devastación, de un modo fugaz.

Los suevos, arrianos como los visigodos, mantuvieron con éstos pacíficas relaciones desde los tiempos de Requila, el conquistador de Sevilla, hasta su primera conversión al catolicismo, que tuvo lugar con Rechiario. Vencido y prisionero Rechiario, se inició una guerra civil en el reino, entre arrianos y católicos, terminada con las sangrientas «Pascuas de Lugo» del 461, y con el restablecimiento del arrianismo por Remismundo, lo cual, además, fué grato al monarca visigodo.

Estos hechos ponen de manifiesto, por adelantado, que cuando se pensase en la unidad política de los habitantes de España, se comprendería que antes era preciso lograr la unidad religiosa, bien fuese de signo arriano, bien lo fuese católico. También lo comprendió así Clovis, el genial monarca de los francos, cuando, condecorado del descontento del clero católico y de la católica población romanizada de las Galias y de España, se convirtió al catolicismo para, so color religioso, pero con miras políticas, lanzar su victoriosa campaña contra Alarico.

Otros sucesos vinieron a agravar la mala disposición mutua de arrianos y católicos. Los malos tratos de Amalarico—que estableció la corte en Sevilla—a su católica esposa Clotilde, provocando la victoriosa venganza de su cuñado, el rey franco Childeberto; los asesinatos de Teudis y de Teudiselo, en Sevilla, por su política tolerante con los católicos; la persecución de los hispano-romanos católicos de Andalucía por Agila—que habría de morir en Mérida, asesinado por los católicos de aquella población—, causa de la rebelión de Sevilla acudida por Atanagildo, quien, según San Gregorio de Tours y San Isidoro, era católico en secreto, a pesar de estar casado con la fanática arriana Gosvinda; la colaboración prestada por el elemento católico hispano-romano a los bizantinos en sus propósitos de expansión desde la costa levantina—que en pago de su ayuda les concediera Atanagildo—causa, quizá, de que la Corte se trasladase a Toledo; y el asesinato de Gelesuintha, la hija de Atanagildo y de Gosvinda, por su marido, el católico Chilperico, rey de Neustria, mantuvieron al rojo vivo la enemistad de los sectores arriano y católico de los habitantes de España.

Muerto Atanagildo, cinco meses después, en premio a la buena ges-

tión de gobierno desarrollada en la Galia Gótica, fué designado rey el duque de Narbona, Leuw, hermano de aquél. Leuw asoció al trono al tercer hermano, Lew-gild, duque de Toledo, quien, muerto a su vez Leuw en el año 572, se hizo cargo de la monarquía visigoda en momentos difíciles.

La primera dificultad nacía de la complejidad existente en los elementos étnicos que habitaban la península.

Los suevos habían sido evangelizados de nuevo al catolicismo por San Martín de Braga, procedente de Palestina, y por los milagros de otro San Martín, Obispo de Tours. Evangelización que, si había sido encabezada, pero de un modo privado, por el rey Carriarico, lo fué de modo solemne por el sucesor, Teodomiro, con lo que obtuvo la simpatía de francos, bizantinos e hispano-romanos católicos, al mismo tiempo que la enemiga del arriano reino visigodo. A pesar del poder que alcanzaron en algunas épocas, nunca llegaron a concebir ideas políticas de expansión, unidad y grandeza.

Los hispano-romanos, en notable mayoría—que algunos autores cifran en nueve millones—, se extendían sobre todo por las regiones oriental y meridional, y constituían la mayor masa de población, católica, culta y profundamente romanizada, anhelante de renovar la grandeza de sus pasados tiempos, pero independientes de todo lo que sonase a Imperio Romano, por haber alcanzado ya la madurez suficiente para gobernarse por sí mismos. Los aborígenes o indígenas, mal romanizados o sin romanizar, constituían minorías en determinadas comarcas, generalmente montañosas—como los vascos—, sin pensar en otra cosa que en su autonomía. Los orientales, griegos, sirios y bizantinos, profundamente católicos también, pero soñando con la restauración del Imperio Romano en su máxima grandeza, constituían un importante núcleo en el Sur y Levante de España. Y los judíos, el pueblo apátrida, al servicio del vencedor para implorar su protección y amparo, venía a ser una masa flotante y vaga en medio de los demás pueblos.

Entre todos estos grupos, los visigodos eran una pequeña minoría—tal vez no llegasen a trescientos mil—que imperaba por tener en sus manos, como conquistadores, todos los resortes del poder. Los había católicos, pero la mayoría eran arrianos, si bien en su modalidad o secta menos alejada del catolicismo, porque la fe arriana había abandonado su primitiva puntilliosidad dogmática, reduciéndose más bien al punto de vista de que las fórmulas dogmáticas ajenas a las Escrituras, deben rechazarse. De no ser por las circunstancias que habían agriado las relaciones con los católicos, no hubiese habido graves dificultades para que los arrianos abandonasen sus erróneos puntos de vista.

Además, en España, se habían desarrollado otras herejías—libeláticos, gnósticos, maniqueos, priscilianistas...— que fracasaron a la par que se robustecía la verdadera fe, la católica, que de cada combate sale

más pujante y victoriosa. Por ello, la nueva herejía introducida por los visigodos estaba condenada al fracaso, impotente para hacer frente a un fervoroso catolicismo contrastado por los anteriores intentos de desviación doctrinal, practicado por la masa, más culta y más numerosa, hispano-romana, y dirigido por un clero que seguía gozando del mayor prestigio e influencia, que era el único elemento social preocupado por el estudio y la enseñanza, y en el que surgieron figuras como San Leandro, el metropolitano de Sevilla, o el venerable San Masona, metropolitano emeritense.

Tan fuerte era la corriente evangelizadora, que aunque Lafuente afirmase que los visigodos no advertían lo que su falsa creencia les perjudicaba—pues los obispos católicos daban la mano a los reyes extraños contra los monarcas propios, según el mismo San Gregorio de Tours—, soy de opinión de que sí lo advirtieron, o por lo menos sí lo advirtió Leovigildo, pues esta hipótesis es la única que explicaría satisfactoriamente algunas de sus desconcertantes actitudes.

No se olvide, en efecto, que el catolicismo se acercaba de un modo alarmante al trono—Atanagildo, sus hijas Brunequilda y Gelesuintha, Teodosia, primera mujer de Leovigildo, Hermenegildo... y, tal vez en secreto, el mismo Leovigildo...—, pero que éste se encontraba mediado en sus decisiones por las mismas fallas que la institución monárquica presentaba en el pueblo visigodo, ya que el rey no era sino un «primus inter pares» y su autoridad frente a los duques y condes no tenía otra base que su prestigio personal, logrado en campañas militares—sobre todo por la esperanza de los repartos de tierra subsiguientes a las conquistas que se hiciesen—, base poco firme en verdad...

Pero no adelantemos los acontecimientos. Limitémonos a ver, por ahora, a Leovigildo, manejando las riendas del poder, primero, y siendo, luego, principal protagonista del drama histórico «cuyas consecuencias han llegado hasta nosotros y alcanzarán a las generaciones que nos sucedan», según acertada frase de Lafuente.

### CAPITULO III

#### HIPOTESIS SOBRE EL CARACTER, IDEAS Y ACTIVIDADES DE LEOVIGILDO

Leovigildo encarnó el espíritu y el sentir popular de una época. Consciente de su responsabilidad ante la Historia, los hizo suyos hasta el punto de intentar «hacer la revolución desde el poder», como hoy se diría.

Se hizo cargo de un reino ya poderoso, pero carente de unidad moral; sin embargo, una idea, fundamental para el proceso de fusión de



razas que caracteriza a la época, comenzó a anidar en todos los pensamientos: el entusiasmo por el destino de una monarquía fuerte que dominase con autonomía respecto al extranjero, dentro de los límites naturales de la Península. Así, el mismo San Juan Biclarense, perseguido y desterrado por Leovigildo, olvida los agravios y las diferencias de credo religioso para aplaudir, como nacional, las empresas de su rey, registrando con orgullo sus victorias y encomiando sus éxitos contra los católicos y sobre todos los demás grupos étnicos que dificultan la unidad política de España como «provinciae gothorum».

Leovigildo, desde su Ducado de Toledo, antes de reinar, pudo darse cuenta de varias cosas. Comprendería, en primer término, el error cometido por Atanagildo al llamar en su ayuda a los bizantinos, abriendo la puerta a su ambición, que, manejando el arma religiosa de su identidad doctrinal con la población hispano-romana de la Bética, aspiró a extender sus dominios a costa de los visigóticos. No dejaría de pensar, tampoco, en la posibilidad de que en un futuro próximo pretendiesen lo mismo los suevos, convertidos por segunda y definitiva vez al catolicismo. Observaría, asimismo, el peligro de una Galia Católica, celosa del engrandecimiento de su Estado, que no dejaba de buscar pretexto en el arrianismo visigodo para soliviantar a los galo-romanos e hispano-romanos, católicos, y tenerlos de su parte. Y apreciaría, por último, el entusiasmo despertado en sus connacionales por los destinos de la monarquía visigoda, pero no dejaría de comprobar las diferencias religiosas, políticas y jurídicas, que ponían freno al proceso de unificación.

Con todo ello formó su criterio, anhelando en lo más íntimo de su ser que la unificación fuese un hecho, soñando con una España única, grande y poderosa, regida por el cetro visigodo, sin ingerencias extrañas, sin divisiones internas, capaz de hacer frente a cualquier enemigo transpirenaico. Joven, inteligente y culto, robusto y valeroso, audaz para concebir empresas y tenaz para llevarlas a cabo, hizo examen de sus propias fuerzas y las consideró suficientes para llevar a término sus propósitos.

Hábil político, precursor, sin saberlo, de Maquiavelo, no miró los medios que podían conducirle a su fin. Nada le detuvo, y cuantos obstáculos se le opusieron fueron vencidos. Firmó tratados de alianza con reserva mental, para violarlos cuando le convino. No fué duro por sistema ni magnánimo por debilidad. Fué magnánimo o duro, con premeditada reflexión, según convino a su finalidad política y a las circunstancias de cada momento. Y no se aferró a concepciones tradicionales de su pueblo, para estar en condiciones de estructurarlo de nuevo.

Todo lo consideró viable con tal de llegar al fin propuesto, la unificación política de España bajo la hegemonía visigoda, y nada hubiese tenido de extraña una unificación católica, si Dios, en sus inexcrutables designios, porque así conviniese mejor para el futuro católico del pueblo que habría de ser su mejor paladín en la tierra, no le hubiese permitido

caer en el error de pretender la unificación política a base de la unificación religiosa de comunión arriana, único fallo de su claro entendimiento y de su maravillosa previsión política.

No creo que fuese, como se le ha pintado, un furibundo arriano. Sus ideas religiosas, como las jurídicas, no debieron ser muy firmes. Lo prueba el hecho de haber pasado por encima de la ley y de las diferencias religiosas, siendo Duque de Toledo, para casarse con Teodosia, hispano-romana y católica tan significada como da a entender el hecho de ser hermana de cuatro santos: Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina. Matrimonio por amor, de ella tuvo sus dos únicos hijos. ¡Y quien sabe cuál hubiese sido el destino de su reinado si Teodosia no hubiese muerto antes de ser proclamado rey, dejándole los dos hijos con muy pocos años de edad! Otra prueba de la escasa firmeza de sus ideas religiosas la constituye el hecho de haber pretendido buscar una fórmula ecléctica por la cual, cediendo posiciones el arrianismo, se hiciesen concesiones al catolicismo. Tampoco fueron pruebas de gran celo arriano, la tolerancia que durante mucho tiempo mostró hacia los católicos, el acceder a que su hijo Hermenegildo contrajese matrimonio con la católica princesa Ingunda, y la actitud adoptada ante los incidentes ocurridos entre ésta y la reina consorte, Gosvinda.

Si se casó en segundas nupcias, al subir al trono, con la fanática arriana Gosvinda, fea y ya no joven, no lo fué por amor ni por la simpatía que pudiese producirle su arrianismo, sino por razones de Estado, considerándolo como un acto político oportuno, pues Gosvinda, viuda de Atanagildo, gozaba de prestigio entre la población arriana y, aunque no fuese una princesa de leyenda, dulce y hermosa, era un buen compañero en el trono por la experiencia que había adquirido en vida de su primer marido a quien ayudó activamente en las tareas de gobierno.

Si persiguió a los católicos, no creo que tal actitud obedeciese sólo y exclusivamente al hecho de ser católicos, sino, de modo principal y quizá único, de haber sido los católicos quienes promovieron la subversión, movimiento que sólo fué político, aunque se vistiese con ropaje de guerra religiosa.

Y si, en fin, al pensar en la unidad religiosa como tarea que debía preceder a la unificación política, se decidió a tomar partido por la base arriana, lo fué, sin duda, ofuscado por los agravios que la monarquía visigoda había recibido de las naciones católicas, y pensando que un sentimiento católico tendría siempre abiertas las puertas del espíritu a las influencias extranjeras, con riesgo de la unidad e independencia de la Patria. Claro es que este modo de pensar era totalmente equivocado e inexplicable en quien, como Leovigildo, había dado tantas muestras de sagacidad y de clara visión política..., pero de hombres es el errar.

Leovigildo, tan enérgico en la política como en la guerra, de claro entendimiento y rara sagacidad, profundo conocedor de su pueblo, de la

situación y problemas de la sociedad cuyo gobierno le estaba encomendado, revolucionario en la constitución política y en el ordenamiento jurídico, caudillo invicto en cuantas campañas acometió, temido y respetado por los más poderosos nobles, admirado por todos y seguido ciegameamente por sus fieles súbditos, se equivocó..., pero el error fué un acierto, pues puso más en evidencia la verdadera religión, la enorme vitalidad y fortaleza que encerraba, y provocó una conversión en masa, definitiva, sin cautelas, del pueblo elegido por Dios para evangelizar un mundo.

Pemán trazó magistralmente su semblanza al decir que fué «Hombre de gran talento y voluntad, cuyo empeño se dedicó a unir fuertemente España».

Implantó una disciplina férrea en todos los aspectos de la vida política y social, robusteció el poder real al imponer una política centralizadora y rodear el trono de un esplendor digno de un Emperador, y adoptó por primera vez las insignias reales: trono, manto, centro y corona.

Como resume Ballesteros, «durante su gobierno se realiza la unidad peninsular de las razas bárbaras, sometidas a un mismo cetro, y la espada victoriosa de Leovigildo recorre los ámbitos de Iberia, imponiendo su dominio a indígenas rebeldes, dominando sublevaciones de inquietos magnates y teniendo a raya a los imperiales; pero si acertó al pensar que no bastaba la unión material de los territorios mientras no se lograra la de los hombres mismos que vivían en ellos, y al comprender que para ello debía aceptarse en gran manera la civilización de los hispano-romanos, a quienes dió cargos en su corte, no quiso o no pudo comprender que la gran unión mostrada por el pueblo vencido no se debía sólo a la civilización romana, que los uniformaba exteriormente, sino al catolicismo que juntaba sus almas fuertemente.

Los problemas políticos con que Leovigildo hubo de tropezar en su reinado, procedían del exterior y del interior. Desde fuera, los suevos, los francos y los bizantinos, todos católicos, ponían en continuo peligro al reino, con una contumacia en su fobia visigótica que explica muchas actitudes del monarca. Desde dentro, la nobleza se oponía siempre a las reformas políticas que Leovigildo introducía para afianzar la monarquía, y los católicos hispano-romanos trataban de sacudir el yugo arriano, aun a costa de parcelar el territorio entre otros dueños, con tal que fuesen católicos.

Por eso, su primera campaña fué dirigida con admirable rapidez y gran visión estratégica, contra dos frentes muy distanciados entre sí, para sorprender al enemigo y asegurar el éxito. Así pudo devolver a la provincia visigoda los territorios que en León, Palencia, Zamora y Salamanca, en uno de los frentes, y en la Bastania malagueña, en el otro, le habían arrebatado suevos y bizantinos. Fijemos la atención de modo esencial, en la finalidad y efectos perseguidos con la reconquista de la Bastania.



Andalucía era una de las regiones más romanizadas y más profundamente convertidas al catolicismo. Al mismo tiempo, por las devastaciones de los idólatras vándalos, había cobrado un odio despreciativo hacia los pueblos germánicos, en el cual fundaron su escaso afecto hacia los arrianos visigodos. Y esta antipatía se exacerbó cuando Amalarico trasladó su corte a la católica Sevilla, sede metropolitana de rancio abolengo, testigo de las sevicias de que hizo víctima a su católica consorte. Ello explica su decidido apoyo a Atanagildo, ocultamente católico, y el agrado con que recibieron a los católicos bizantinos. Por último, el triunfo de Atanagildo dejó un jirón de los dominios visigodos en manos de los bizantinos y el germen de la rebelión en la Bética, convertida en refugio de todos los descontentos, y en la que regiones como Córdoba iniciaron un vivir independiente.

Poco favorable para la idea política de Leovigildo resultaba la situación de Andalucía y, comprendiéndolo así, concibió la campaña que hemos señalado. Los bizantinos no podían temer ninguna agresión de los naturales de la Bética. Estaban, pues, desprevenidos; y lo estuvieron más al iniciar Leovigildo la campaña por regiones diametralmente opuestas.

El resultado de su victoria fué totalmente favorable para su propósito, pues no sólo quitó a los bizantinos la Bastania, sino que tanteó sus fuerzas, dió un rudo golpe a su prestigio y atemorizó a los católicos andaluces, al privarles de la fuerza moral que en ellos imbuía la alianza con los bizantinos, tenidos por más fuertes y poderosos que los visigodos.

No contento con ello, sin dar tiempo a que andaluces y bizantinos saliesen de su sorpresa, amagó a Córdoba y Ecija para revolverse, inesperadamente, hacia el Estrecho y apoderarse de la fortísima Medina Sidonia, caer más tarde, también por sorpresa, sobre Córdoba —independiente desde Agila—, y ocupar todas las ciudades y castillos de la región. Toda la Bética occidental quedó recuperada en dos años escasos, restableciendo el prestigio del valor militar de las huestes reales.

Aprovechó estos éxitos para introducir el principio hereditario en una monarquía que había sido electiva desde su fundación. Para asegurar esta innovación, asoció en sus tareas de gobierno a sus dos hijos, Hermenegildo y Recaredo, Duques de Narbona y de Toledo, respectivamente, declarados desde entonces príncipes herederos del trono visigodo. A Hermenegildo le encomendó el gobierno de la Bética, pensando, sin duda, que sería grato a los católicos andaluces, por la personalidad de su esposa Ingunda.

Pero no logró apaciguar el reino. Por el contrario, aunque los nobles godos hubiesen aprobado la reforma constitucional en Toledo, lo cierto fué que la vieron con desagrado, por cerrarles las posibilidades de acceso al trono, y promovieron sublevaciones que, juntamente con las actitudes hostiles de los suevos y de los bizantinos y los chispazos de rebelión en

algunos focos de la población vencida, le obligaron a desplegar toda su energía, que no era poca.

Debe tenerse en cuenta que la autoridad real no se asentaba en ideas jurídicas ni en la unánime conciencia de los súbditos, sino en el principio de la fuerza, del poder material y del valor personal del monarca. La posibilidad de erigirse en monarca estimulaba las ambiciones, las intrigas y las traiciones en los grandes del reino, tan pronto como se consideraban con fuerzas para intentar con éxito una sublevación o un asesinato que les permitiese escalar el trono.

Leovigildo no podía dar oportunidad para que tal riesgo amenazase el éxito de su concepción política. Todo lo que se opuso a sus fines fué arrollado; todo lo que pudo convertirse en sospechoso de amenaza, eliminado; todos los medios fueron buenos para lograr su fin. Y como, de momento, la amenaza provenía de la nobleza goda, rica, poderosa y descontenta del giro que tomaba la constitución política del reino, Leovigildo no vaciló. Condenó a muerte, desterró y privó de sus bienes a los más nobles y poderosos, por ser también los más inquietos y ambiciosos.

En cuanto a las sublevaciones, sofocó a sangre y fuego la de los cántabros, y con menos rigor las de Saldaña, Elvora y Toledo, estimuladas por los nobles godos descontentos; la de Aspideo, señor tributario de los Montes Aregenses, limitrofe de los suevos, instigada por éstos; la de la Oróspeda —sierras de Alcaraz y de La Sagra— ayudada por los bizantinos, y las que éstos provocaron en Narbona, Rodas, Tarragona, Leiva, Zaragoza y Valencia. Victorioso en todas partes, consiguió la tranquilidad para él y para su pueblo. Como decía el Biclarense: «Leovigildus rex, extinctis undique tyrannis, et pervasoribus Hispaniae superatis, sortitus requiem propriam cum plebe resedit».

Señala este momento el final de los aciertos políticos indiscutibles de Leovigildo. A partir de él, su figura aparece discutida, y aun maltratada a veces. Por mi parte, no obstante, en sus últimos problemáticos desaciertos, no le veo más que como uno de los instrumentos —el otro fué San Hermenegildo— de la Divina Providencia, para provocar la magnífica reacción, ópima en frutos católicos, realizada bajo el reinado de su hijo Recaredo.

Veamos ahora como fueron instrumentos de esa reacción el binomio Leovigildo Hermenegildo; pero advirtiendo, desde un principio, que se adopta, siguiendo a Menéndez Pidal y a Torres, una postura objetiva, basada en las fuentes auténticas contemporáneas de Leovigildo, sin afectar en nada al juicio canónico sobre Hermenegildo, pues resulta indudable que éste mereció, con su martirio, el honor católico de los altares, según frase de Torres, pero ello no modifica el juicio político y humano a que pudiese haberse hecho acreedor antes de los hechos concretos que, con la palma del martirio, le granjearon el envidiable dictado de Santo, ya que, como apunta discretamente el P. Antolín, conforme al

criterio católico, «sean cuales fueren los yerros atribuídos a Hermenegildo, se redimió con creces por el martirio.»

#### CAPITULO IV

#### SEVILLA, ESCENARIO DEL PLEITO POLITICO-RELIGIOSO HERMENEGILDO LEOVIGILDO

Leovigildo, recordando, sin duda, que los galo-romanos e hispano-romanos de sus dominios siempre habían simpatizado con los extranjeros católicos, para asegurarse el que ninguna amenaza pudiese venirle a sus propósitos por la espalda, desde las Galias, había reanudado la política de Atanagildo al casar a su primogénito, Hermenegildo, con Ingunda, princesa católica que, como hija de Sigiberto de Austrasia y de Brunequilda, resultaba nieta de Gosvinda, la madrastra de su marido.

La figura de Gosvinda, de tan decisiva participación en los hechos ocurridos a raíz de la boda, merece un previo comentario. De ella se dicen cosas terribles en «El Cristianismo y sus héroes»: «...princesa de tan perversos sentimientos como contrahecha de cuerpo, de genio dominante y colérico... terrible viuda, que en su fanatismo arriano oscureció los preciados timbres de gloria conquistados por Leovigildo como guerrero invencible y como político sagaz y experimentado...». Y el P. Mariana la retrata moral y físicamente; «...mujer soberbia y cruel, no menos fea en las costumbres que en el cuerpo, ca le faltaba el uno de los ojos...». Es posible que exagerasen algo, pero lo cierto es que no debió ser mujer que se distinguiese por su feminidad y dulzura, ni tampoco por su sagacidad y prudencia política, pues a ella se debió, en suma, que los acontecimientos se precipitasen por los derroteros del drama y de la tragedia.

Celebráronse las bodas a satisfacción de ambas familias, y con grandes festejos públicos. Unía a los nuevos esposos el sentimiento religioso, puesto que el príncipe participaba en el fondo de su corazón de las mismas creencias que Ingunda, como hijo de una reina católica y sobrino de cuatro santos. Como estas circunstancias no podía desconocerlas Leovigildo, hemos de concluir que en él pesaban más las razones de Estado y las conveniencias políticas de su reino que las creencias religiosas, demostrando su compatibilidad y tolerancia hacia el catolicismo, puesto que si primero se había casado él mismo con la católica Teodosia, ahora elegía para nuera, para esposa del heredero del trono, a otra católica, no menos fervorosa que aquélla.

Distinto era el pensamiento de Gosvinda, la reina consorte, la cual,



«ciega e invencible arriana—dice Fernández Guerra—y mujer hecha a ejercer influencias sin límites sobre su marido y en los negocios del Estado, no podía olvidar que sus dos hijas únicas, Bruniquilde y Gelesuintha, al casarse con los reyes franceses Sigiberto y Quilperico, habían tenido que doblarse al dolor de abjurar el arrianismo y abrazar la religión católica profesada por sus esposos. ¿Qué extraño, por tanto, que se creyese con derecho igual para constreñir a su nieta Ingunda a hacerse arriana, cual mujer del príncipe arriano Ermenegildo?»

Es muy sospechoso y da mucho que pensar, por la autoridad y crédito que deben merecernos el Biclarense y San Isidoro, contemporáneos, nacionales y destacadísimos católicos, el que ninguno de los dos nos den noticias de que Gosvinda intentase convertir a Ingunda al arrianismo, ni de que la hiciese víctima de malos tratos, pero Gregorio de Tours, desde Francia, describe con minuciosidad los intentos de conversión, la repulsa que «con ánimo varonil» dió Ingunda, y los malos tratos recibidos por ésta de manos de su abuela.

Basados tan sólo en esta fuente, adornando con literatura novelesca los textos del Turonense, exagerando o interpretando caprichosamente los pasajes, y recogiendo, más tarde, unos de otros, las mismas narraciones, resulta casi unánime el contenido de las obras históricas respecto a este punto. Se dice que Gosvinda recibió primero con alborozo a su nieta y comenzó a persuadirla con halagos y caricias, se mencionan las edificantes frases que Ingunda dió en respuesta de tales persuasiones, y se termina describiendo cómo la abuela cogió a su nieta por las trenzas, la arrastró, la pisoteó hasta bañarla en sangre y, arrancándola sus vestiduras, arrojó en la arriana piscina, para bautizarla de nuevo a la fuerza, según unos, y en un estanque, con ánimo de ahogarla, según otros.

A renglón seguido, unos autores señalan que Leovigildo desterró a su hijo a Sevilla; otros, que le envió a dicha ciudad como rey para apagar los disturbios familiares, y, algunos, llegan a decir que Hermenegildo optó, no pudiendo tolerar tales insultos, por retirarse a su Estado...

Pero lo más razonable y lógico es lo que Torres ha escrito en la monumental Historia de España, dirigida por el eminente Menéndez Pidal.

En el mismo año de la boda, Leovigildo entregó a su hijo, según el Biclarense y San Gregorio, una de las ciudades de la provincia para que, residiendo en ella, reinase. Y como los nuevos esposos salieron para ella en la primavera del 579, año de la boda, no puede concebirse casi, que, en tan escaso tiempo, se hubiesen precipitado los acontecimientos del modo relatado por los demás historiadores.

No puede afirmarse—es muy aventurado hacerlo—que las desavenencias familiares fuesen el motivo del generoso gesto del padre, gesto

que, por otra parte, habría supuesto su disconformidad con la actitud de Gosvinda. Además, el enviarle a la Bética, si Leovigildo hubiese sospechado la posibilidad de una discordia religiosa, habría sido una imprudencia política inconcebible en él. Por otra parte, sería desconocer la organización política visigoda y los propósitos unificadores de Leovigildo, el suponer que la provincia se le hubiese entregado a Hermenegildo a otro título que al de mero gobierno, quedando en situación análoga a la que, tanto él como su hermano Recaredo, tenían desde el 573, según el Biclarense.

Supuestas las dotes que todos los historiadores reconocen en Leovigildo ¿puede concebirse la tremenda imprevisión política que supondría el que, ante las quejas de los francos, parientes de Ingunda, por las crueles violencias a que la sometía la fanática Gosvinda, y ante el disgusto manifiesto de los católicos, iniciase la persecución de éstos desterrando a los príncipes a Sevilla, a la ciudad que capitaneaba la región más católica de España, donde San Leandro, tío materno del príncipe, ocupaba la silla metropolitana, y que tan próxima estaba de los católicos bizantinos?

Por el contrario, es mucho más racional y lógico pensar que Leovigildo, una vez logrado el enlace matrimonial que aseguraba la actitud pacífica de los francos, concibiese la decisiva campaña contra los suevos, para cuyo éxito—puesto que en ella comprometería todas sus fuerzas—también necesitaba que los bizantinos no desconfiasen y que los hispanoromanos no aprovecharan el momento para renovar sus insurrecciones a pretexto de la simpatía que pudiesen sentir por el ya católico pueblo suevo. Puede ser que al mismo tiempo observase algunas diferencias y discusiones, surgidas en el seno de la familia real por las distintas creencias religiosas, y temiese que, de agriarse, provocasen un inoportuno rompimiento con los francos.

De todos modos, fuese o no cierto esto último, resulta indudable que fué prudente el envío de los esposos a Sevilla. Leovigildo tendría confianza en la lealtad de su hijo y pensaría, al enviarlo allí, que, por el prestigio de su tío materno, San Leandro, Prelado de Sevilla, sobre los católicos, y la simpatía que en éstos despertase la católica princesa Ingunda, el gobierno de Hermenegildo sería grato a la mayor parte de la población y a los vecinos bizantinos, garantizando su pasividad ante la campaña proyectada contra los suevos.

Pero no salieron las cosas tal y como las pensara. «La Providencia, cuyos inescrutables arcanos dispone las cosas a los fines de su alta sabiduría burlando los cálculos de la estrecha previsión humana—dice Guichot—, sugirió a Leovigildo la idea...». Llegado Hermenegildo a Sevilla—cuna de cuantas revoluciones transformaron la vida política de España—, lejos de la presión de su padre y del arranismo oficial, junto a sus tíos, cedió a los reiterados ruegos de su esposa y se convirtió a la

fe católica, recibiendo el Sacramento de la Confirmación—como bautizado, aunque arriano—, en el que fué llamado Juan. Sin embargo, en público se le siguió llamando Hermenegildo. Andalucía recibió el acontecimiento con gran regocijo.

Ni San Isidoro ni el Biclarense consignan la conversión de Hermenegildo, ni dicen que la sublevación de éste fuese originada por ella, ni que tuviese relación con todo ello la hostilidad contra los católicos. Hay que pensar, conforme al criterio de Torres, que los sucesos posteriores tuvieron un carácter predominantemente político, aunque tratasen de justificarse, más tarde, con el ropaje de la cuestión religiosa.

Hablan las fuentes de los esfuerzos de Ingunda por convertir a su marido, y hay pruebas documentales de la intevención de San Leandro. La conversión es un hecho probado, y también se deduce de San Juan de Biclara y del Turonense que fué inmediatamente seguida de la sublevación. Hay que admitir, por último, que junto al regocijo manifestado por la población hispano-romana, los bizantinos, temerosos, en todo momento, de una agresión por parte de Leovigildo, pretenderían aprovechar en beneficio propio la situación creada por la conversión de Hermenegildo, ahora correligionario suyo.

Debe estar en lo cierto Pemán, al afirmar que, tan pronto se convirtió Hermenegildo, los españoles romanizantes se pusieron a su lado, ofreciéndole su ayuda para que se rebelase contra su padre y tener, así, un monarca católico. Es probable, asimismo, que los bizantinos instigasen la sublevación, ofreciendo su apoyo, pues no habían olvidado los beneficios que lograron al ayudar a Atanagildo. Por otra parte, el recuerdo del éxito logrado por éste gracias a la ayuda de hispano-romanos y bizantinos, debió pesar mucho en el ánimo de todos.

No es descabellado pensar que todas estas circunstancias hiciesen vacilar la lealtad debida por Hermenegildo a su padre, si además desconfió de la suerte que en el futuro pudiese correr la corona, pues no ignoraba que su hermano menor, Recaredo, aún arriano, era el que más activamente había tomado parte en las campañas de su padre, gozando, por ambas causas, de mayor prestigio y simpatía entre la nobleza goda.

La empresa no debía parecerle difícil por cuanto que contaba con la ayuda de los francos, brindada por su esposa, con la de los bizantinos e hispano-romanos, y con la muy posible de los suevos y de los habitantes de las regiones de los Montes Aregenses, de la Oróspeda, de Córdoba, y de cuantas fueron ocupadas a sangre y fuego por su padre, todos ellos católicos. Pudo suponer, incluso, que otras comarcas aprovecharían la ocasión para rebelarse, como había ocurrido en ocasiones parecidas, con lo que su padre tendría que acudir a tantos puntos que sus fuerzas se debilitarían. Y hasta es posible que pensase como probable que su padre desistiese de toda empresa bélica contra él, reconociéndole sucesor del trono ante los hechos consumados.



Entre tanto, Leovigildo, enterado de la conversión, comprendió el peligro que se cernía sobre sus planes de unificación y de robustecimiento del poder real, pues la nobleza goda, arriana, y aún no conforme del todo con las innovaciones sucesorias leovigildianas, tendría con ello pretexto para gestos de rebeldía, sin olvidar el peligro que también podía entrañar el suceso si su hijo llegaba a pensar como en realidad estaba pensando y se lanzaba a levantar bandera contra su padre.

Deseoso de encontrar la fórmula que eliminase esos peligros, que redujese la trascendencia política de la conversión, o que la limitase a un mero accidente, Leovigildo llamó a su hijo a Toledo. Al no acudir éste, adoptando una postura de franca rebeldía, hubo de considerársele sublevado, convirtiéndose en realidad todos los temores abrigados por el padre.

Si es cierto que el hijo contestó a la llamada, como dice San Gregorio de Tours: «non ibo quia infensus est mihi, pro eo quod sim catholicus» (no voy, que prohibido me está, porque yo soy católico), es indudable que el problema político lo presentó como religioso, aunque no acertamos a comprender por qué ser católico le impedía acudir a la llamada de su padre y de su rey.

Algunas reconstrucciones caprichosas de unas hipotéticas cartas cruzadas entre padre e hijo no resisten la más elemental crítica, y lo mismo ocurre con los gratuitos juicios y comentarios que se fundamentan en ellas.

Hermenegildo dió indudable carácter político a su actitud y llamó en su auxilio a todos los católicos del país. Aliado con bizantinos, suevos, vascos, francos y cuantos eran enemigos del Estado, alzó, según refiere la crónica del Biclarense, el estandarte de la rebelión en Sevilla, insurreccionando a Córdoba, ocupando algunas otras ciudades, y levantando Andalucía entera contra el rey.

No cabe duda de que la voz «tirano» se empleó, en los cronicones de la época, como sinónima de «rebelde», de «sublevado», de quien se apropiaba ilegalmente del poder o pretendía hacerlo. Y de tirano le califican sus contemporáneos el Biclarense, San Gregorio de Tours y, lo que es peor, el mismo San Isidoro, su tío. Políticamente, pues, la actitud de Hermenegildo no fué plausible, ya que obedeció a fines políticos ambiciosos, injustificables en un hijo, que pusieron en grave riesgo los destinos de España al amenazar los proyectos de Leovigildo y hacer estériles sus anteriores éxitos.

Sólo Dios sabe lo que hubiese sido del ibérico solar si la rebelión de Hermenegildo hubiese triunfado, pero no es aventurado suponer que bizantinos, suevos y francos habrían ampliado sus dominios a costa de los visigodos, que alguna comarca se habría declarado independiente, y que la Península habría continuado siendo, por mucho tiempo, un mosaico de pequeños Estados, carente de unidad y presa fácil para las ambiciones

hegemónicas de cualquier vecino... ¡quizá la invasión árabe no hubiese encontrado freno suficiente para debilitarla en su progresión hacia Europa!

Cierto que la rebelión adquirió inmediatamente un indudable cariz religioso, pero fué para enmascarar el móvil político, para movilizar partidarios y asegurar alianzas, no causa o justificación de la sublevación, pues en este caso lo habrían recogido aprobatoriamente el Biclarense, San Isidoro y San Gregorio de Tours, en sus crónicas, los cuales, por el contrario, desaprobaban la conducta de Hermenegildo.

Que Leovigildo se revistió de paciencia y obró con prudencia suma, no dejándose llevar de las iras y arrebatos que algunos le atribuyen, nos lo demuestra el hecho de que habiendo ocurrido lo dicho el 579, él, que tan acostumbrado nos tiene a fulminantes campañas, no mueve sus Ejércitos contra los sublevados hasta el 583. «No pudiendo desconocer Leovigildo la trascendentalísima importancia del alzamiento de Andalucía, en tiempos en que el partido católico tenía una inmensa superioridad moral y material sobre el arriano en España... dispuso recurrir a artes de la diplomacia para desarmar, a ser posible sin sangre, el partido católico», reconoce Guichot, y Fernández Guerra, por su parte, comenta: «Abstiénese en tanto Liuvigildo de mover sus huestes contra el tirano; previene a sus duques y condes estar a la defensiva; y emplea toda su actividad para contener al clero católico y asegurar su neutralidad en la intentona política. Mas, sobre todo, se decide a discurrir y proponer una fórmula que concilie a católicos y arrianos, consiguiendo así la unidad religiosa de la nación...»

La actitud de Leovigildo, por consiguiente, fué conciliatoria, demostrando una vez más que a la unidad de la patria sacrificaba sus creencias religiosas. De buena fe, pero equivocadamente, congregó un sínodo de obispos arrianos, para enmendar la antigua herejía con una fórmula que él creyó suficiente para lograr la apostasía de los católicos, pero que como persistía en el error de negar la consubstancialidad del Espíritu Santo, sólo lo logró en algunos, si bien es cierto que enfrió el celo católico de bastantes partidarios de su hijo, tibios defensores en adelante.

Tampoco deben exagerarse las tintas sobre la persecución de que fueron objeto los católicos. En realidad, el trato recibido por éstos dependió de su conducta política, y la actitud del rey frente a ellos no fué actitud contra los católicos como tales, sino actitud frente a los enemigos políticos. Por eso, si se puede hablar de alguna persecución, hay que referirla al 580, cuando estaban en franca rebeldía frente a la autoridad real, y queda reducida, documentalmente, al destierro de San Juan de Biclara y de San Masona, el metropolitano de Mérida, y a los supuestos azotes recibidos por un anónimo sacerdote que se presentó a San Gregorio de Tours, en Francia, al llegar allí desterrado. Mirando los hechos sin pasión, con mayor rigor y crueldad trató Leovigildo a los nobles godos, arrianos, sospechosos de obstaculizar, o de poder hacerlo, sus proyectos

políticos, que a los hispano-romanos, católicos, perpetuos enemigos de la monarquía visigoda.

Y si, como dice San Isidoro, las más rigurosas y crueles medidas, fueron las tomadas contra los católicos ricos e influyentes, inclinados y dispuestos a la guerra, en tanto que fueron templadas contra los obispos y sacerdotes, habrá que pensar en que la persecución fué más bien dirigida contra los enemigos políticos, en quienes coincidía accidentalmente la circunstancia de ser católicos.

Mientras su padre mantenía aquella actitud contemporalizadora, Hermenegildo negoció en secreto con los godos católicos y con los católicos reyes francos, padres y parientes de su esposa: llamó en su auxilio a los bizantinos, siempre propicios; convino alianza con Miro, rey suevo; y hasta San Leandro, su tío, marchó a Constantinopla para lograr que el Emperador Tiberio II se interesase en la empresa. En suma, obró con tanta energía y habilidad que la rebelión tomó un carácter imponente y formidable.

Una inscripción en mármol hallada en Alcalá de Guadaíra, del 582, demuestra que en dicho año Hermenegildo agravó su actitud al iniciar los actos de hostilidad contra el Duque Arión, de quien se dice perseguido, pero a quien Leovigildo sólo hubo de encomendar, en realidad, la vigilancia de los movimientos y propósitos de su hijo, mientras él sometía, en la rápida y afortunada campaña del 581, a los vascones sublevados.

Esto fué lo que obligó a Leovigildo a considerar seriamente la situación, y a comprender la necesidad de iniciar una campaña contra su hijo, para preparar la cual visitó por sí mismo los condados, levantando un poderoso Ejército. Reclutado éste, el mismo 582 se dirige contra Emérita Augusta (Mérida) y Cesárea (Cáceres), importantes poblaciones que habían tomado partido por su hijo. La defensa fué encarnizada pero inútil. Fué entonces cuando recibió a los legados del católico rey Chilperico, enviados para tratar de los esponsales de su hija Rigunta con el príncipe Recaredo! Esos legados, a su regreso, proporcionaron a San Gregorio de Tours muchos de los datos que figuran en su obra.

A continuación, 300.000 sueldos de oro, recibidos por el Prefecto del Emperador de Bizancio, tuvieron la virtud de privar a Hermenegildo de la más poderosa alianza con que contaba. Confiando en ella y en la de los suevos, Hermenegildo se fortificó en Sevilla, mientras su padre invadía Andalucía, dando por abierta la campaña decisiva contra el movimiento secesionista.

«Pero Hermenegildo —dice Fernández Guerra— al verle avanzar con poderosísimo ejército, reunió a las personas de mayor ciencia y experiencia para que le aconsejaran si había o no de resistir personalmente al rey su padre». Y San Gregorio de Tours afirma: «Ignoraba el mísero que sobre su cabeza pesaba el juicio divino, pues prohíbe resueltamente semejante duda, porque contra un padre no hay razón, aun hereje».



En el castillo de Osset, asomado al Guadalquivir desde el balcón de San Juan de Aznalfarache, 1.300 guerreros, valerosos y bien armados, intentaron en vano resistir a los guerreros de Leovigildo. El castillo —en cuya iglesia brotaba milagrosamente el agua en la pila bautismal cada Sábado de Gloria— fué asaltado con éxito. La llegada de Miro, el rey suevo, con sus tropas, no resolvió nada, pues Leovigildo le cercó y obligó a renovar la tregua que tenía jurada.

Sin pérdida de tiempo, Leovigildo formalizó el sitio de Sevilla, impidiendo la navegación del río para que los efectos del hambre precipitasen la rendición sin sangre. Fantásticas son las versiones que de este pasaje dan diversos autores. Llegan a detallar las gigantescas obras realizadas por orden de Leovigildo para desviar el curso del Guadalquivir por un canal abierto en línea recta desde la Algaba al campo de Tablada. Lo deducen del siguiente texto del Biclarense: «...Interea Leovigildus rex supradictam Civitatem nunc fame, nunc ferro, nunc Baetis conclusionem, omnino conturbat»; pero «Baetis conclusionem» no significa tanto...

No obstante el hambre, el hierro y el cierre del Betis de que habla el Biclarense, la plaza no se rindió hasta el 584, cuando ya habían salido de ella Ingunda y su hijo Atanagildo, San Leandro, y el mismo Hermenegildo, hacia tierras bizantinas. Sevilla había escrito, sin duda, una página heroica en su historia, por el valor de sus hijos.

No debió encontrar Hermenegildo ni auxilios ni favorable acogida entre los bizantinos —quizá por aquellos 300.000 sueldos de oro de que se ha hecho mención— y tuvo que refugiarse en Córdoba; pero ésta cayó poco después, y el Príncipe fue apresado. Describe San Gregorio de Tours lo ocurrido con estas palabras: «Se acoge a una iglesia que estaba próxima y exclama: —¡No vendrá mi padre sobre mí! Es un crimen que el padre mate a su hijo, o el hijo a su padre—. Le oye Leovegildo y le envía a su hermano Recaredo. Quien jura no humillarlo, y dice: —Acércate, hermano mío; échate a los pies de nuestro padre y todo te lo perdonaré—. Pero él comenzó a llamar a voces a su padre, y como viniera, se le postró de rodillas, abrazándole y besándole sus pies. El padre lo levantó a sí, le besó en el rostro y le colmó de halagos; y hablándole con el mayor cariño, le condujo al campamento; llegados a él, el Rey, olvidando lo jurado, hizo seña a los suyos, cogieron éstos al Príncipe, les ordenó que le desnudaran de sus vestiduras y le vistieran un traje vil...»

Con el Príncipe cautivo, regresó Leovigildo a Toledo y, dejándole un solo criado, lo desterró a Valencia, según el Biclarense.

No concuerdan los autores en cómo fué prendido Hermenegildo, ni en las circunstancias que acompañaron al hecho, pues hay quien dice que le entregaron los cordobeses para obtener el perdón de su padre, y el mismo Turonense yerra al señalar la iglesia de Osset como lugar del prendimiento, demostrándose con todo ello que es éste uno de los pasajes nebulosos, amplio campo para fantásticas especulaciones...



**San Hermenegildo**, por Juan Martínez Montañés.—Sevilla: Capilla de San Hermenegildo.

FOTO: LABORATORIO DE ARTE.  
:: UNIVERSIDAD HISPALENSE.



Apoteosis de San Hermenegildo, por Juan de Uceda Castroverde y Alonso Vázquez.—Sevilla: Museo Provincial de Bellas Artes.

FOTO: LABORATORIO DE ARTE.  
:: UNIVERSIDAD HISPALENSE.



Dada la tendencia a novelar del Turonense, tal vez porque todos sus datos son recogidos de labios viajeros, es preciso acoger con cierta reserva su testimonio. Es muy probable que existiese promesa de perdón, pero de perdón de la vida, y esa se cumplió; ahora bien, parece razonable que se despojase a Hermenegildo de las insignias reales usurpadas (a lo que se refieren, sin duda, las palabras: «et adprehensum expoliavit eum ab indumentis suis induitque illum veste vili») y se le desterrase a Valencia. Lo absurdo hubiera sido llevarlo a la Corte con más honores de los que tenía cuando salió de ella.

Aunque el Biclarense dice rotundamente que Hermenegildo fué desterrado a Valencia y muerto en Tarragona, no faltan autores que sostengan que el martirio lo sufrió en Sevilla —a donde fué enviado preso—, en la torre de la Puerta de Córdoba, más tarde capilla de San Hermenegildo. Otros aseguran lo mismo, pero admitiendo un traslado a Tarragona. Alguno se muestra vacilante entre Tarragona y Sevilla, y aún supone infundadamente un traslado a Alicante. Y aún podría señalarse: quien admite una primera prisión, en Córdoba o en Sevilla, antes del destierro en Valencia; quien atribuye a Leovigildo la propalación de la muerte de su hijo, de muerte natural, en Tarragona, cuando lo cierto era que el martirio lo sufrió en Sevilla; y quien designa a esta ciudad como lugar donde se depositaron los restos de Hermenegildo, transportándose solo su cabeza, a Zaragoza, cuando los árabes invadieron Andalucía.

Sería difícil tomar partido entre tan dispares opiniones, pero parece razonable admitir el rotundo aserto del Biclarense. De todos modos, de este mismo momento de la historia arranca, como dice muy bien Rada y Delgado, la gloria de San Hermenegildo, que no ha de buscarse en su rebelión, sino en el hecho de negarse, vencido, preso y humillado, a apostatar de la verdadera Fe, precio que se le imponía para volver a gozar de la confianza de su padre y recobrar preeminencias y honores terrenales. Y a Sevilla le cabrá siempre la gloria de haber convertido a un futuro Santo y de haber alimentado la fe heroica que le haría capaz de soportar el martirio antes que apostatar de la Verdad.

## E P I L O G O

Las confusas y contradictorias noticias relativas a la suerte de Ingunda —muerta en el curso de la navegación emprendida para unirse (¿en dónde?) con su marido—, y del hijo del matrimonio, Atanagildo— que unos dan por muerto en Constantinopla, y otros por educado en dicha Corte hasta que su abuela materna lo rescató y libertó llevándolo a Francia consigo—; las versiones de un nuevo movimiento subversivo acaudillado por Hermenegildo, perseguido otra vez hasta hacerlo pri-

sionero y encerrarlo en un calabozo de Tarragona; y las inexplicables actitudes de las Cortes bizantina y franca, dan lugar a pensar que Hermenegildo, su mujer, sus suegros, los bizantinos, sus partidarios, o unos y otros, no se resignaron con la suerte del príncipe vencido y desterrado en Valencia. Cualquiera que fuese el rigor del régimen de destierro a que estuviese sometido, hubo tentativas, cuando menos, de volverle a poner al frente de una insurrección, lo cual justifica, en todo caso, su traslado a Tarragona, bajo una más estrecha custodia.

Proyectaba por entonces Leovigildo su definitivo asalto al baluarte suevo, cuarteado por internas disensiones. Pero la campaña habría de ser, a pesar de ello, dura, y convenía tomar medidas para tener a raya a bizantinos, andaluces, extremeños y demás grupos díscolos y revoltosos. Una de las medidas sería encomendar la custodia de Hermenegildo a Sisberto, duque de la Tarraconense, para que el desterrado no se evadiera y pudiese suscitarle graves complicaciones cuando estuviese llevando a cabo el vasto plan concebido.

Sisberto, de quien Fernández Guerra nos dice que era furibundo arriano, soberbio hasta la insensatez y rayano en la barbarie, es muy posible que obtuviese carta blanca para obrar conforme las circunstancias impusiesen en el cumplimiento de la delicada misión que se le encomendaba.

Adoptadas las cautelas que juzgó prudentes, Leovigildo, acompañado de su hijo Recaredo, desencadenó su formidable ofensiva contra los suevos, en la que se empeñó hasta el punto de no poder pensar en otra cosa, pues harto tuvo con llevarla a buen fin.

Y fué durante ese tiempo —el 13 de abril del 585— cuando su primogénito, el cautivo de Tarragona, siglos después Santo, ganó la palma del martirio y se hizo merecedor del honor de los altares con que habría de premiarle la Iglesia por su constancia en negarse a comulgar de manos de un obispo arriano.

El Biclarense tan sólo dice: «Hermenegildus in urbe Tarraconensi a Sisberto interficitur». Señala, simplemente, a Sisberto como autor material de la muerte del Santo. San Isidoro nada dice sobre ello. Sólo San Gregorio Magno, el sucesor de Pelagio II en la Silla de San Pedro, narró el martirio en sus «Diálogos», recordando lo que le dijeron cuando era Prelado de Bizancio, y sirviendo de fuente a San Beda el Venerable y a todos los martirólogos y hagiógrafos extranjeros.

La crítica histórica permite hoy adivinar la clave del vil asesinato: La campaña contra los suevos se suponía dura y difícil; el rey y el príncipe Recaredo estaban empeñados en ella y su muerte no era imposible; aunque así no fuera, el monarca era ya anciano, y el problema de la sucesión se avecinaba... Bajo tales supuestos, la eliminación de Hermenegildo hacía más factible cualquier pretensión al trono, y el duque Sisberto, arriano y poderoso, podía pretenderlo... Contando con la complicidad del obispo arriano que se dijo ofendido por la víctima, el duque,

por su propia mano, consumó el martirio del Príncipe Santo, llegando al asesinato...

El rey, su padre, y Recaredo, su hermano, estaban muy lejos. Cuando regresaron victoriosos, incorporado el reino suevo a la corona visigoda, tuvieron que hacer frente a la última amenaza del exterior durante el reinado de Leovigildo, la formidable invasión desencadenada por Gotrán de Orleáns, rey de Borgoña, y Childeberto de Metz, rey de Francia, hermano de Ingunda, con dos poderosos ejércitos. No era ocasión de pedir cuentas a Sisberto, pero, deshecha la intentona, derrotado el enemigo por Recaredo mientras Leovigildo agonizaba en Toledo, y elevado al trono el príncipe victorioso, uno de sus primeros actos fué hacer justicia en la persona del asesino de su hermano mártir...

La sangre derramada por éste fructificó de modo espléndido, cual si cada gota hubiese sido un río de agua bautismal. Maravilla pensar que no había transcurrido un lustro cuando el catolicismo era, no sólo la religión oficial del Estado, sino la religión que de hecho profesaban, con inigualado fervor, sin distinción de origen, todos los súbditos de la corona visigoda, que ya era la corona de una España unida y poderosa.

El mismo San Gregorio Magno, Papa, en sus «Diálogos», dice de Leovigildo: «...Conocía que la fe católica era la verdadera, pero le aterraba el miedo a su gente... Dióle la última enfermedad y... procuró encomendar al obispo Leandro que cuidase de Recaredo, a quien dejaba en la herejía arriana, y que en favor suyo le convirtiese como a su difunto hermano. Concluida esta recomendación, expiró». Por ello, en «Héroes del Cristianismo» se dice que el anciano monarca, lejos de abrigar a la hora de su muerte sentimientos hostiles al catolicismo, los experimentaba muy favorables, dando fundamento a la creencia de que si por razones de Estado no se convirtió públicamente, en los últimos momentos de su vida lo hizo secretamente.

Por su parte, Recaredo, del cual se cree que ya en vida de su padre era católico, aunque lo ocultase para no causarle más contrariedades, cumplió con agrado y prudencia la recomendación paterna. Exploró la opinión del clero, de los magnates y de los pueblos, aconsejado por San Leandro, y, sin plantear la gran reforma de improviso, anunció, a los diez meses de ceñirse la corona, que abrazaba la fe católica en la forma contenida en el Símbolo de Nicea.

Desencadenadas las sublevaciones arrianas que su padre había temido, supo dominarlas y, por fin, en el III Concilio de Toledo, el 6 de mayo del 589, solemnizó, amparado en el voto de la nación, la conversión total de un pueblo, instrumento que hizo posible al hijo lo que le había estado vedado al padre: la unificación religiosa y política de una fervorosa monarquía católica, España.

Nada menos que eso es lo que debemos los españoles a Sevilla, a esta Sevilla de los altos destinos, que en aquellas remotas fechas convirtió a



su fervor católico la sangre de un príncipe mártir, aquella fecunda sangre que, cual si corriese por las venas de todos los españoles, haría de éstos el pueblo de los grandes misioneros, los más heroicos defensores del catolicismo.

Nada menos que eso debemos a Sevilla...

MANUEL LUENGO MUÑOZ

*Trabajo premiado en el Concurso de Monografías convocado en 1952 por el Patronato de Cultura de la Excm. Diputación Provincial de Sevilla.*